

EL DECRETO INVISIBLE

ME llamó el ministro de Brum Carbajal bastante agitado.

—Dígame, Mónica: se acuerda que estuvimos en su casa días pasados, ¿no? Éramos unos cuantos ministros y gente de gobierno amiga...

Yo me quedé pensando. Hubo una semana con tres ministros distintos en una misma cartera en 24 horas... No paré invitándolos uno por uno. De hoy en adelante, antes de organizar una recepción, lo llamaré al presidente para pedirle el menú del día en su gabinete. Entre los que renuncian y los que se van de viaje, uno nunca sabe qué ministros están funcionando.

—Por supuesto, ministro: mentí. Claro que me acuerdo.

—Entonces, Mónica ¿no podría fijarse si no nos dejamos en su casa un decreto olvidado?

—¿Un decreto?, pregunté alarmada. Pensé: si vienen justo a allanarme y encuentran por casualidad un decreto del gobierno... ¡marcho presa sin remedio!

—Sí, sí. Hay quien sostiene que Pacheco se olvidó de redactar el decreto de suspensión de garantías individuales. Es bastante comprensible: con tantos decretos que firma, es fácil confundirse. Yo sostengo que nunca vi el tal decreto porque por más que busqué en la cartera que me dieron, no estaba.

—¿Y no se habrá confundido con algún otro documento, ministro? Así, vistos con apuro, los decretos pueden pasar por vales vencidos o cosas por el estilo.

—¡Qué esperanza! Los vales vencidos los tiene todos Charlone, es como una manía.

—Bueno, eso es lo que tiene el Ministerio de Hacienda, repliqué. Es un lindo cargo, vistoso, sirve para viajar a menudo, pero el papeleo... ¡da un calor!

—Interior también es ingrato en el verano, Mónica. Usted no sabe el calor que pasé en las facultades que investigamos. ¡No tienen aire acondicionado!

—¡Qué horror! ¿Y cómo hacen para estudiar?

—Por favor, Mónica. En ninguna facultad

uruguaya se estudia. ¡En todas se iraman complots subversivos!

—¿No me diga? ¿Y esos muchachos se quedan sin playa entonces?

—Son capaces de todo. Son tremendos. Por eso es importante que ese decreto aparezca. Con seguridad que está en su casa metido quizá, en algún sofá, entre los almohadones o...

—Ay, ministro, los almohadones se sacuden todos los días y nadie vio ningún papel comprometedor entre ellos.

—Claro, claro; sin embargo, yo miraría. Y otro lugar posible, es el bar. Hay unas botellas grandes, ¿no?, muy lindas...

—Puro cristal de roca, ministro. Cognac, coñetreau, jerez... Y son frascos, no botellas.

—Discúlpeme, Mónica. No quise ofenderla. De todos modos, ¿no podría echar un vistazo a esos frascos? A lo mejor, un ministro, en el apuro por servirse...

—No, imposible. Bernasconi, el mucamo, no tolera que nadie se sirva solo. Me dijo terminantemente: o los ministros, señora, o yo. Se imaginará que...

—Por supuesto, entendido. Pacheco también tiene problemas con el servicio.

—Hoy en día, es casi tan imposible conseguir un buen mucamo como un buen ministro. ¡Sobre todo con cama! ¡Huy! Quiero decir: los mucamos con cama...

—Mónica, mire un poquito debajo de las camas ¿quiere?

—¿Usted que está insinuando? ¿Orgías en mi casa?

—Para nada, para nada... Simplemente por rutina, por si el decreto se hubiera volado o algo así... Si no aparece es como si estuviéramos protegidos por la ley, ¿se da cuenta? ¡Una catástrofe!

—Ministro: ¿usted averiguó si el decreto lo tienen los tupa por casualidad?

Oí un ruido seco.

—Hola, hola...

Pero el ministro de Interior había cortado. Yo creo que le di una buena idea.